

IGNACIO DEL BURGO

Quedarse puede ser un error. Huir, una condena.

DEMASIADO
TARDE
PARA
HUIR

TAPA NEGRA

IGNACIO DEL BURGO

Demasiado tarde para huir

∅
ALMUZARA

© IGNACIO DEL BURGO AZPÍROZ, 2025
© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2025

Primera edición: noviembre de 2025

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

EDITORIAL ALMUZARA • COLECCIÓN NOVELA

EDITOR: HUMBERTO PÉREZ-TOMÉ

MAQUETACIÓN: JAVIER DÍAZ

www.editorialalmuzara.com
pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

Editorial Almuzara
Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4
C/8, Nave L2, nº 3. 14005 - Córdoba

Imprime: Gráficas La Paz
ISBN: 979-13-70200-30-5
Depósito: CO-1831-2025
Hecho e impreso en España - *Made and printed in Spain*

Para Amalia, compañera en todos los días y en todas las páginas, por dar sentido incluso a las sombras.

*Los buenos terminan felices.
Los malos, también.
Solo los tontos terminan arrepentidos.*

Oscar Wilde

Índice

1. El señor Brown	11
2. La señora Brown	23
3. Un encargo de lo más oportuno.....	35
4. Travesía hacia la niebla.....	47
5. La contraoferta	61
6. La maleta y el sobre	69
7. Perros en la niebla.....	79
8. La dama dispara primero.....	89
9. Demasiados frentes	93
10. Scotland Yard	103
11. Dormir con mi enemiga	113
12. Lo que está en juego.....	123
13. Tregua entre sombras	137
14. En casa de la vieja rusa	145
15. Dos tazas de café	155
16. Malas cartas.....	159
17. De vuelta en Scotland Yard.....	167
18. La víspera.....	173
19. Sin vuelta atrás	179
20. Negocios entre caballeros	185
21. Bajo llave.....	199
22. El fin del juego	205
23. De nuevo, solo	211

1. EL SEÑOR BROWN

Mi oficina se ubicaba en la quinta planta de un edificio de apartamentos en Maryland Street, en el lado oeste de la ciudad. Aquella tarde, me encontraba recostado en el sillón de mi despacho, con los pies elevados sobre el escritorio y un cigarrillo colgado de los labios. Leía con poco interés las noticias de la sección de sucesos de *Los Angeles Times* cuando el rostro y los hombros de Audrey asomaron por la puerta de la recepción. Era una joven de ojos verdes y sonrisa amable, a quien había contratado un par de años atrás.

—Jack, ha llegado el señor Brown. ¿Quieres que lo haga pasar?

—Claro, preciosa. Dile que entre.

Me incorporé con premura, doblé el periódico y lo dejé caer sobre el escritorio. Estrujé el cigarrillo contra un cenicero ya colmado de colillas justo cuando Audrey abría la puerta por completo.

—Adelante, señor Brown —invitó la muchacha, con voz dulce, manteniendo la mano en el picaporte.

Entró en el despacho con paso firme un hombre de estatura media y complexión ovalada, casi obeso, escaso de cuello, con una prominente papada que competía con su barriga. Su cabeza, redonda y calva, trataba de disimular lo inevitable con un peluquín de color gris que no lograba

pasar desapercibido. Sostenía un bombín en la mano y vestía un traje negro, con un pañuelo vistoso adornando el bolsillo del pecho, una camisa blanca con gemelos de oro en los puños, y una corbata oscura, sujetada sobre el botón de la americana por un alfiler de diamantes. Su rostro, impasible, mostraba una seriedad extrema, acorde con su indumentaria.

Lo acompañaba un tipo recio, de hombros anchos y mal afeitado. Llevaba una chaqueta gris, una camisa azul marino y una corbata de lazo *beige*, torcida y mal anudada, con botas vaqueras que contrastaban con el resto de su atuendo. Su mirada era amarga y hostil.

Estreché la mano del orondo mientras sus ojos recorrían con desconfianza mi oficina. Los rayos del atardecer se colaban por los visillos, iluminando el polvo acumulado en los cristales, pero el interior seguía lóbrego, denso, con los muebles desordenados y una sensación palpable de abandono.

Junto a la pared, una estantería metálica albergaba algunos libros de leyes, desparramados sin orden ni concierto, vestigio de mi abogado tras su jubilación y el cierre de su bufete. Papeles amarillentos y archivos de casos olvidados se amontonaban con una caótica resignación bajo el peso de los años. En una de las esquinas, una caja fuerte, abierta y vacía, descansaba junto a un reloj eléctrico y una pequeña vitrina de cristal. Dentro de esta última, la medalla de guerra que el Tío Sam me había otorgado después de enviarme al otro lado del océano a matar alemanes. Al menos servía para causar una buena primera impresión a los clientes. Tras mi escritorio, enmarcada en madera, pendía mi licencia de investigador privado, firmada por el gobernador del estado de California, James Gillett, con fecha de 10 de enero de 1910.

—Por favor, tome asiento —ofrecí a Brown, señalando una silla frente a la mesa.

Se sentó cómodamente, puso el sombrero sobre las rodillas y entrelazó las manos por encima de la barriga. Su acompañante permaneció de pie tras él, cabizbajo y silencioso, con el sombrero Fedora puesto y la espalda apoyada en la pared.

Me violentó sentirme observado por Brown durante unos segundos, que se hicieron interminables, hasta que finalmente se decidió a hablar:

—¿Y bien, señor Murphy? Dígame, ¿qué ha logrado averiguar?

Sacudí la cabeza, esbocé una débil sonrisa y le respondí:

—Le complacerá saber que, en realidad, no he averiguado nada. ¿Un trago?

Sin darle tiempo a responder, empujé el sillón hacia atrás y abrí un cajón del escritorio. Saqué una botella de Tullamore, envuelta en una bolsa de papel marrón, junto con dos vasos. Los llené y le ofrecí uno a mi cliente, pero no a su acompañante, cuya presencia en mi oficina me resultaba incómoda. Su actitud pendenciera, esa clase de gente que no necesita mediar palabra para caerte mal, me desagradaba.

Volví a guardar la botella en el cajón y me recliné en el asiento, copa en mano.

Brown siguió mirándome, esta vez con expresión de duda.

—¿Qué quiere decir con eso de que no ha averiguado nada?

—Quiero decir que su esposa, que, con todo respeto, es una belleza de criatura, no tiene ojos para nadie que no sea usted —le respondí.

Tras pronunciar esas palabras, alcé mi vaso en señal de celebración y despaché el *whisky* de un trago. Tomé la cajetilla de Chesterfield, le di unos golpecitos en la parte inferior, saqué un cigarrillo y lo encendí con calma, dejando que el humo llenara el silencio.

Brown colocó el sombrero sobre la mesa y se enderezó en la silla. Cogió el vaso, lo contempló pensativo unos segundos y lo bebió despacio.

—¿Sugiere, entonces, que no se está viendo con nadie? —preguntó.

—No lo sugiero, lo afirmo —respondí, tajante—. Le aseguro que no tiene usted ningún motivo para preocuparse.

Dejó escapar un suspiro.

—No sé...

—Señor Brown —lo interrumpí, juntando las manos sobre la mesa, con el cigarrillo humeante entre los dedos—, usted vino a verme hace un mes para contratar mis servicios. Me pidió que vigilara a su mujer porque sospechaba que tenía una aventura. Durante todo este tiempo, he sido su sombra. Así que estoy en condiciones de garantizarle que sus temores carecen de fundamento. Si la señora Brown tuviera un amante, me habría dado cuenta sin ningún problema. Después de veinte años en este oficio, estas cosas no se le escapan a uno fácilmente.

Brown vaciló.

—Tal vez..., puede que ella haya descubierto que la estaba siguiendo —planteó.

Negué con la cabeza.

—No, le digo que eso es imposible —afirmé, taxativo. Tras una breve pausa, añadí, apuntándolo con el cigarrillo—: Y francamente, me molesta que ponga en duda mi profesionalidad.

—No era mi intención —suavizó de pronto la voz.

—Me alegra oírlo, porque de haber sabido que luego iba a cuestionar mis habilidades, no habría perdido el tiempo vigilando a su esposa.

—No, no es eso —refunfuñó Brown, sombrío, recobrando la severidad de su tono—. Usted parece uno de esos tipos que saben lo que hacen. Si me decidí a contra-

tarlo para este trabajo fue porque me dieron las referencias adecuadas.

—Pues fíese de ellas y hágame caso en lo que le digo. No sé cómo será su mujer en casa, pero fuera de ella es como la esposa de un predicador: impecable, seria, y tan distante que parece un faro de moralidad. Lea el informe, ahí está todo —le lancé una carpeta delgada, con mis iniciales grabadas en grandes letras doradas, acompañadas de las palabras «Investigador privado».

La abrió y echó un vistazo a las rutinas de su esposa. No había nada que se saliera de lo normal: visita al salón de belleza a primera hora de la mañana, almuerzo en el club de golf, reunión del círculo de lectura y, una o dos veces por semana, sesión de cine por la tarde, en compañía de un grupo de mujeres casadas que disponían generosamente de su tiempo con el dinero de sus maridos.

Dejó la carpeta sobre la mesa. No parecía del todo convencido. Ladeó la cabeza y sus ojos pequeños y agudos se clavaron en mi rostro, escudriñándolo, como si buscara una fisura en mi fachada. Me recliné en el sillón y comencé a mecerme lentamente. El crujido del asiento rompía el silencio de la estancia.

—¿Está usted casado? —me preguntó al cabo de un rato.

—Lo estuve. Dos veces. Lo que para mí es más que suficiente.

—Entiendo —repuso, con tono juicioso, sin darme a entender qué era exactamente lo que entendía. Me dirigió una larga mirada y añadió—: Si no tiene inconveniente, dígame, ¿alguna vez se sintió traicionado?

—¿Se refiere a si alguna de mis esposas me puso los cuernos?

Asintió. Me pasé una mano por mi espesa cabellera oscura, con la vista fija en el techo, como si estuviera haciendo memoria.

—Quiero pensar que no —contesté.

—¿Nunca tuvo dudas? —me preguntó, con una insistencia que comenzaba a resultarme irritante.

Di una calada al cigarrillo y exhalé una pequeña nube de humo.

—Creo que las dos estuvieron felizmente casadas conmigo —respondí, encogiendo los hombros, sin mirarlo siquiera—. Supongo que yo, no tanto.

—En ese caso, es probable que no sepa de lo que hablo —resolvió, con un toque de condescendencia en su voz—. Mire, la infidelidad es como esa mancha de aceite que, una vez que cae al suelo, por más que uno se empeñe en limpiarla, siempre deja rastro. Yo veo esa mancha, señor Murphy. La veo con absoluta claridad. Aunque usted no haya sido capaz de descubrirlo, estoy seguro de que mi esposa me engaña.

—Entiendo lo que quiere decir. De veras que lo entiendo. No es usted el primer marido que viene a verme con la misma historia. Pero permítame decirle algo: en la mayoría de los casos, todo es producto de una imaginación calenturienta. Los celos son una emoción terrible. Peor que un dolor de muelas. ¿Qué digo peor? Infinitamente peor. Incluso al hombre más cuerdo le pueden nublar el juicio o hacerlo perder la cabeza por completo. Cosas del amor, supongo.

Permaneció en silencio unos instantes, como si sopesara cada una de mis palabras, hasta que, de pronto, sin previo aviso, soltó una estruendosa carcajada. Su risa era bronca, como el gruñido de un cerdo, y sus hombros subían y bajaban de forma espasmódica.

Se volvió hacia su acompañante sin dejar de reír.

—¿Has oído, Charlie? ¡El amor, dice!

El tal Charlie esbozó una sonrisa de perdonavidas que me hubiera gustado borrar de su cara de un buen guan-

tazo. Descansó la planta del pie en la pared, colgó los pulgares a ambos lados de la hebilla del cinturón y dejó asomar la cartuchera de una pistola bajo la sisa izquierda de su americana. Me pareció una postura artificiosa, probablemente ensayada frente al espejo, pero eficaz, si lo que buscaba era frenar mis ganas de abalanzarme sobre él.

Reconozco que la reacción del gordo me pilló por sorpresa. Mi cara se tiñó de un ligero rubor.

—No pretendía hacer ninguna broma —gruñí, y le lancé una mirada que dejaba claro que no había nada de humor en mi comentario.

El cambio en el ambiente fue inmediato. La sonrisa de Brown desapareció tan rápido como había aparecido, y una nueva tensión se instaló en la estancia. Su mirada se hizo más fija, más intensa.

—Señor Murphy, ¿sabe usted a qué me dedico?

Claro que sabía a qué se dedicaba y cómo se las gastaba aquel tipo en su oficio. Brown era el mayor gánster de la ciudad, un sujeto asociado al crimen, con un apetito insaciable de poder y dinero. Había amasado una fortuna incalculable gracias al juego ilegal y el contrabando de drogas y alcohol. Era, además, un delincuente infame y temido, con sórdidas conexiones en la Policía y el Ayuntamiento. Alguien acostumbrado a caminar entre arenas movedizas. Habría pasado el resto de sus días entre rejas si no fuera por sus habilidades en el mundo de la extorsión y el soborno. No era yo de los que iban por la vida juzgando a los demás, y me traía sin cuidado cómo se ganaban la vida mis clientes, pero la fama que precedía a Brown me producía una cierta zozobra cada vez que debía tratar con él. La verdad era que tenía buenas razones para querer perderlo de vista cuanto antes.

Me dijo:

—Verá, déjeme explicárselo —se acomodó en la silla con el aplomo de un doctor a punto de sentar cátedra—.

Soy un hombre de negocios. En mi profesión, no hay nada más importante que el respeto. Si lo pierdes, estás acabado. Si dejas que alguien hurgue en tus asuntos o se apropie de ellos, estás acabado. No puedo permitirme que eso ocurra; digamos que enviaría un mensaje equivocado a mis adversarios. ¿Me comprende?

—Comprendo que tiene usted un fino sentido de la propiedad —le respondí.

—Bien. Es una forma de verlo —concedió.

Me acercó su vaso, haciéndome un gesto para que lo llenara. Saqué de nuevo la botella del cajón de mi mesa, le serví el *whisky* y preparé otra copa para mí. En esta ocasión bebió con avidez. Yo hice lo mismo. Luego se recostó contra el respaldo de la silla y dijo:

—No soy estúpido, señor Murphy. Seguro que ha notado el deseo que mi esposa despierta en los hombres. Si una mujer joven y hermosa como ella está con alguien como yo, no es por amor, como usted, de forma algo pueril, si me permite decirlo, ha sugerido. No, es por dinero. Sí, ha oído bien: por dinero. Es un hecho tan evidente que no requiere más explicación. Ella pudo haber buscado el amor en los brazos de cualquier hombre, pero no lo hizo. En lugar de eso, se casó conmigo. A partir de ese momento, pasó a ser intocable para el resto del mundo. Y digo bien: intocable.

—La reputación de la señora Brown está intacta —le aseguré.

—Respecto a eso, tengo mis reservas.

Me mostré extrañado.

Se inclinó hacia mí, acercando su rostro al mío. Sus ojos reflejaban un resentimiento contenido y su semblante estaba tenso, con los músculos de las mandíbulas rígidos.

—Hace unos días, aprovechando que ella había salido de casa, rebusqué entre sus cosas y encontré un pañuelo escondido bajo la ropa, en uno de los cajones del vestidor.

—¿Qué clase de pañuelo? —le pregunté, intrigado.

Lo sacó del bolsillo de su americana y lo depositó sobre la mesa. Era un pañuelo *Ascot* de seda con estampado de cachemira rojo, de esos que algunos hombres llevan anudados al cuello. Lo observé desde mi asiento, en silencio, sin hablar.

—Todavía conserva el olor a colonia de caballero —me dijo.

—¿Ha hablado con su esposa de ello?

—Estuve a punto de hacerlo, pero luego pensé que sería una torpeza por mi parte. Sacar el tema implicaría ponerla al tanto de mis sospechas, y seguramente la llevaría a extremar las precauciones, lo que, a buen seguro, no ayudaría en mis pesquisas.

Dirigí la vista hacia el pañuelo y de nuevo hacia Brown. Sus dedos, gruesos como salchichas, tamborileaban sobre la mesa. Nos quedamos mirándonos en silencio, ambos sumidos en nuestros pensamientos.

—¿Qué opina usted de esto? —tanteó.

—Bueno, no cabe duda de que es un descubrimiento interesante. Pero yo no le daría mayor importancia. Esa prenda puede haber llegado a manos de su esposa por múltiples razones —sugerí, aunque yo mismo no creía del todo en mis palabras.

—¿Se le ocurre alguna?

—No..., o al menos, no en este momento. Lo que quiero decirle es que no debería precipitarse sacando conclusiones que podrían resultar erróneas.

Me miró con escepticismo. Sacudió la cabeza y emitió un gruñido quejoso.

—¡Bah! —dijo, con desdén—. Esto es una completa pérdida de tiempo.

Su cara se había puesto roja, congestionada por la cólera. Cogió el pañuelo y lo guardó de nuevo en el bol-

sillo. Luego se colocó el sombrero y se puso de pie. Me levanté casi al mismo tiempo y rodeé la mesa para acompañarlo a la salida. Quería recordarle que nos quedaba un asunto pendiente, cuando, de pronto, se detuvo en seco y, como si hubiera leído mi pensamiento, sacó un cheque del interior de la chaqueta.

—Aquí tiene los trescientos dólares que convinimos, aunque no puedo decir que haya quedado satisfecho con su trabajo.

Tomé el cheque, lo doblé y lo guardé en el bolsillo del pantalón, no sin antes echarle una ojeada para asegurarme de que no se había olvidado de firmarlo.

—Lamento oír eso —aseguré—. Lo cierto es que es usted el primer cliente al que veo marchar decepcionado después de que yo le diga que su esposa no lo engaña.

Brown avanzó hacia la puerta en silencio.

—¿Debo entender entonces que da por terminados mis servicios? ¿No desea que siga investigando a la señora Brown? —le pregunté, persiguiéndolo, aunque ya intuía la respuesta.

—Señor Murphy, por mí puede irse al diablo. Ni siquiera sé por qué le he pagado sus honorarios. A decir verdad, no se los ha ganado en absoluto. Lo que ha escrito en ese informe lo podría haber averiguado cualquier patán con dos dedos de frente y ojos en la cara.

Quise decirle que yo tenía tanto lo uno como lo otro y que no me consideraba un patán, pero pensé que tal observación no me reportaría ningún beneficio.

Al abrir la puerta, penetró en la estancia el sonido de la máquina de escribir de Audrey. Antes de salir, Brown se detuvo frente a mí y sentenció:

—Será mejor que esté usted en lo cierto. Me ahorrará el trabajo de despellar vivo al desgraciado que se haya atrevido a tocar un solo cabello de mi mujer. Buenas noches.

Dicho eso, abandonó el despacho seguido de su acompañante, que pasó por mi lado con su gesto pendenciero y una expresión turbia. Antes de cerrar la puerta, pude ver que Audrey me lanzaba desde su escritorio una fugaz mirada de reproche, como si me tuviera por un caso perdido; como si me dijera: «Muy bien, Jack. Enhorabuena. Mira que te lo advertí. Pero nada, ya has vuelto a meter la pata».

2. LA SEÑORA BROWN

Permanecí a solas, con un *whisky* en la mano y una punzada de inquietud en la cabeza. Me paseé por el despacho, sumido en mis cavilaciones, hasta que el reloj marcó las nueve. Entonces cogí el manojo de llaves que siempre dejaba sobre la mesa, devolví la botella a su sitio, me puse el sombrero y salí hacia la recepción.

Audrey tecleaba en su máquina de escribir, empujando con delicadeza la palanca del carro al final de cada renglón. Llevaba unas gafas de concha ovaladas que le daban un aire candoroso. Me gustaba verla trabajar; me gustaba verla en general. Habíamos adquirido el hábito de quedarnos un rato al final de la jornada, contándonos nuestras penurias mientras tomábamos una copa antes de irnos a casa, en esas horas en que la noche caía y la quietud se apoderaba del edificio. Me agradaba mucho su compañía y tenía la sensación de que ella también se encontraba a gusto conmigo.

Alguna vez estuve tentado de ir más allá, pero me contuve. Conseguir una buena secretaria no era fácil en los tiempos que corrían, y Audrey no solo deslumbraba por su belleza, sino que era de lo más eficiente. Su único problema era que todos los meses me pedía un aumento. A pesar de ello, se había convertido en alguien imprescindible.

ble para mi negocio, y no estaba dispuesto a dar un paso en falso. Por muchas ganas que tuviera de llevarla a la cama —que, desde luego, las tenía, y en abundancia—, sabía con certeza que, de hacerlo, tiraría por la borda nuestra relación profesional. Eso era algo que no me podía permitir, y que seguro que terminaría lamentando.

—El señor Brown no parecía muy complacido al irse —me dijo, sin levantar los ojos del teclado.

Sabía que la chica nunca daba puntada sin hilo, así que decidí hacer caso omiso del comentario para evitar una de esas reprimendas que tanto le gustaban. Aunque yo fuera el jefe, Audrey había adquirido la libertad de señalarme mis meteduras de pata. Cuando me regañaba, se le afinaba la voz y los ojos se le achicaban. Me encantaba verla así. Era como si el verdadero poder de su atractivo aflorara con toda su intensidad durante esos estallidos de genio. Yo, por mi parte, me limitaba a quedarme callado, disfrutando de lo guapa que se ponía, sabiendo que eso la volvía aún más irritable.

—¿No vas a decir nada? —insistió, en tono recriminatorio, mientras extraía la hoja de la máquina.

Prudente, opté por acogerme a la quinta enmienda.

—Lo único que puedo decirte es que ya hay dinero para pagar el alquiler del mes. Aquí lo tienes —le entregué el cheque que Brown me había dado a regañadientes—. Ve mañana a cobrarlo al banco y llama al casero para que venga a por lo suyo antes de que nos desahucie.

Audrey suspiró.

—Ándate con ojo, Jack —dijo mientras echaba un vistazo al cheque—. No te conviene tener a ese tipo de malas.

Le agradecí el comentario y le respondí que estuviera tranquila, que no había nada de qué preocuparse, que todo estaba bajo control. Le guiñé un ojo y le pedí que cerrara con llave al marcharse.

Anochecía cuando salí a la calle. Afuera, el calor y la humedad apretaban. Aflojé el nudo de mi corbata y me desabroché el botón superior de la camisa. Detuve un taxi con un silbido y le pedí al conductor que me llevara al 609 de S. Olive Street, en el Downtown. Bajé la ventanilla, me arreliané en el asiento y dejé que la brisa nocturna me acariciara el rostro mientras los edificios desfilaban frente a mí.

Tras aparearme, caminé un par de manzanas calle abajo y me adentré en un callejón discreto, apenas iluminado por la luz mortecina y parpadeante de una farola. Un tipo con aspecto de esbirro fumaba un cigarrillo entre las sombras, con la espalda pegada a la pared. Al verme llegar, me saludó con desgana y lanzó la colilla al aire en una parábola perfecta. Me condujo por unas escaleras que desembocaban en una puerta de latón, pulsó el timbre y esperamos en silencio hasta que nos abrió un hombre corpulento, de rostro moreno, ojos oscuros y gesto altivo. Tenía la cara picada por la viruela y un palillo entre los labios, que deslizaba con habilidad de un lado a otro de la boca. Me examinó de arriba abajo, circunspecto, antes de dejarme pasar a un vestíbulo pequeño, sin muebles, casi tan oscuro como el callejón de entrada. El tipo del palillo cerró la puerta exterior, apartó una cortina de terciopelo rojo con su enorme brazo y se hizo a un lado.

El *Marlow's*, impregnado por el aroma denso de tabaco y perfume barato, se presentó ante mí como una escena furtiva, donde se mezclaban bebedores solitarios y mujeres en busca de una segunda oportunidad. A esa hora, el local estaba abarrotado, y el bullicio de las conversaciones se alzaba por encima de la pieza de *jazz* que tocaba una orquesta, cuya música parecía no interesar a nadie.

Ella me esperaba al final de la barra, sentada en un taburete, con un Martini en la mano. Llevaba un vestido negro de seda, ceñido hasta la rodilla y con un escote generoso,

acompañado de unos guantes blancos que llegaban hasta los codos. Sobre los hombros caían en cascada las ondas de su cabello, de un intenso rubio platino, entre las que despuntaban unos pendientes de perlas, a juego con el collar que se ajustaba a su cuello pálido y esbelto.

Al verme llegar, posó en mí sus ojos refulgentes, y su rostro se iluminó con una sonrisa. Dejó el Martini sobre la barra y, sin pensarlo, abrió los brazos para recibirme con uno de esos achuchones que sabían a bienvenida. Me dejé arropar y, al poco, sentí el roce de sus labios ascendiendo por mi cuello hasta alcanzar mi oreja.

—Me encanta el olor de su colonia, señor Murphy —me susurró, en tono seductor.

Con gesto adusto, puse algo de distancia entre nosotros. Pedí una copa al camarero; me llevé un cigarrillo a los labios, lo encendí y me quedé observándola con fijeza antes de hablar.

—Lo del pañuelo fue una estupidez —comenté.

Parpadeó varias veces.

—¿A qué te refieres?

—Vamos, no te hagas la tonta conmigo. ¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?

Bajó los ojos. Observó sus dedos, pensativa. Yo sabía lo que bullía en su cabeza. Se debatía entre confesar la verdad o seguir con su pose de engañosa inocencia.

—No te enfades..., amor —dijo al fin, casi tartamudeando—. Solo quería quedarme con algo tuyo, algo que me recordara a ti.

Había conocido a la señora Brown en el hotel Biltmore, días después de que su esposo se presentara en mi despacho para encargarme que no le quitara el ojo de encima. Ella tomaba a solas un refrigerio en el bar del *lobby* mientras yo simulaba leer un periódico, sentado en uno de los sofás dispuestos a escasos metros del mostrador de recep-

ción. Miró hacia atrás y hacia los lados, como si quisiera cerciorarse de que nadie la vigilaba, pero sus ojos pasaron de largo sin reparar en mi presencia. Cuando terminó la bebida y pagó la cuenta, se encaminó hacia los ascensores a través de unas escaleras alfombradas.

Supuse que se dirigiría a una habitación, lo que confirmaría las sospechas de su marido. Y en el fondo, me alegró. No había nada más gratificante que un trabajo sencillo, rápido y bien remunerado. Así que doblé el periódico y la seguí, sin dejar de contemplar aquella figura alta y proporcionada, que suponía un placer para la vista. Ella caminaba tiesta, con paso firme, la espalda bien recta sobre unos tacones de aguja que estilizaban aún más su silueta. Era un sueño con piernas largas. Tan absorto estaba yo en la belleza que me ofrecía, y tan alterada mi concentración, que me pilló por completo desprevenido cuando, de repente, dio media vuelta y se detuvo ante mí. Me examinó con la minuciosidad de un perito y, con una determinación desarmante, dijo:

—Si va a seguir pegado a mi trasero, lo mejor será que nos presentemos. ¿No cree?

Me quedé petrificado, incapaz de ocultar la sorpresa en mi rostro. No solo me había descubierto, sino que lo había hecho con una rapidez que solo alguien verdaderamente perspicaz podría lograr.

Nunca llegué a saber si Kate, así se llamaba, engañaba a su marido o no antes de nuestro encuentro. Lo que sucedió después, cuatro semanas bajo las sábanas, ya era otro cantar. Visto en términos monetarios, fue un mal negocio; terminé despilfarrando los honorarios de Brown en facturas de hotel. Pero, con todo, Kate era experta en lo suyo, y yo, en ese momento, solo era un tipo cansado, buscando algo que me distrajera de mis propios demonios. Después de la guerra y de dos matrimonios que se habían ido al garete, me cos-

taba conciliar el sueño. Ella sabía cómo manejarme, cómo llevarme hasta el borde y más allá, dejándome vacío y agotado. Cada encuentro era una especie de fuga temporal, un respiro que me permitía desconectar del ruido de mi cabeza. Dormía como un tronco, sin pensar en nada, por horas. No supe si era amor, pero sí lo más cercano a un remedio que me permitiera olvidar. Kate era terapéutica, pensaba.

Era una mujer astuta, pero también impulsiva; una mezcla que vuelve a las personas peligrosas. Nunca esperé que se enamorara de mí, ni mucho menos lo deseaba. Pero eso fue lo que pasó. Lo que ocurría entre las sábanas era lo único que valía la pena, en mi opinión; fuera de ahí, Kate me resultaba un fastidio. Su charla era insulsa y tediosa, tan profunda como un charco.

Con sus sentimientos desbordados, temí perder el control. Por más vueltas que yo le daba, no encontraba manera de zanjar una relación que Kate quería llevar más lejos de lo que yo estaba dispuesto a tolerar. Para ella, el juego no se limitaba a la cama; para mí, era solo un refugio temporal. Su reacción era impredecible, y no podía dejar de preguntarme, con un nudo en el estómago, si acabaría contándole todo a su marido. Si Brown se enteraba de lo que habíamos hecho, no tendría que preocuparme por el daño a mi reputación. Mis días estarían contados, y el último sería el más corto y doloroso de todos.

Así que aquel pañuelo me dio la excusa perfecta.

—Escúchame, preciosa. —Mi voz se tornó más grave mientras mis manos subían por sus brazos—. No podría enfadarme contigo aunque quisiera. Lo sabes. Y si te soy sincero, hasta me halaga que te hayas quedado con ese pañuelo. Me gusta pensar que me recuerdas.

Mis palabras parecieron complacerla. Se mordió el labio inferior; una tenue chispa de satisfacción brilló en sus ojos mientras levantaba la mirada hacia mí.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, casi en susurro.

Asentí, sin apartar la vista. Ella se apoyó contra mi pecho y rodeó mi espalda con los brazos. Era como una serpiente enroscándose, disimulada pero potencialmente letal.

—Lo malo... —seguí, con voz grave—, es que ahora estamos en un aprieto.

Se separó un poco. Sus ojos se clavaron en los míos, buscando alguna señal. Le dejé espacio para digerir lo que acababa de escuchar. Me expliqué con calma, sabiendo que me adentraba en un terreno minado.

—Que tu marido haya encontrado el pañuelo..., nos coloca en una situación delicada —hice una pausa, sintiendo el peso de las palabras. Luego, sin rodeos, añadí—: Insostenible, más bien.

El aire entre nosotros se cargó de tensión. Yo sabía que no había marcha atrás.

Terminé mi bebida de un trago, estudiando su rostro, esperando su reacción. Pero ella se quedó callada, meditabunda.

—Me he reunido con él —expliqué al fin, en voz baja, como si no quisiera decirlo en alto—. Esta tarde vino a verme a la oficina. El tipo está fuera de sí. Si antes sospechaba, ahora está convencido de que lo engañas. Y créeme, no va a descansar hasta obtener una prueba que lo demuestre.

—¿Acaso no ha contratado para eso al mejor detective de la ciudad? —esbozó una media sonrisa, como si todo fuera un juego de niños.

Su actitud me irritó un poco, pero me lo guardé. Ella volvió a estrecharme en sus brazos, con una fuerza que parecía decir: «Envejeceremos juntos». Pero yo no deseaba eso.

—No lo entiendes, Kate —me separé de ella con firmeza—. Tu marido acaba de despedirme. Me ha echado sin más. Y no me extrañaría que ya tuviera a alguien siguiéndome. Estoy seguro de que habrá contratado otro detective para reemplazarme.

Me giré hacia el espejo de la barra, observando si alguien pudiera estar pendiente de nosotros. Miré alrededor.

—¿No te habrán seguido? —pregunté.

—Claro que no.

Su rostro denotaba ahora abatimiento.

—Qué torpeza la mía —dijo, con un leve toque de contrición en la voz.

Le acaricié la mano.

—Vas a tener que ser más cuidadosa —le advertí. Mis ojos recorrieron la barra para asegurarme de que no había nada fuera de lugar.

—¿Y qué propones? —Frunció el ceño.

—Lo he pensado mucho —respondí, sin mirarla directamente. Sabía que lo que iba a decir no le gustaría, pero las cartas ya estaban sobre la mesa—. Me temo que solo hay una salida.

—¿Cuál?

—Lo más prudente es que dejemos de vernos... —dije, fijando la vista al frente, sin atreverme a mirarla a la cara. Sabía que ella no lo iba a tomar bien, y no veía otra forma de manejarlo.

—¡No! —me interrumpió, cortante, desprendiéndose de mi mano con un movimiento brusco. La expresión de su rostro era de rechazo total—. Ni hablar, Jack. Eso es lo último.

Suspiré y me froté el cabello, dándome margen para pensar en cómo seguir. No podía dejar que se descontrolase. Tenía que ser frío. Era lo único que me quedaba.

—No digo que vaya a ser para siempre —añadí, con un tono más suave, intentando sosegarla—. Por supuesto que no. Será solo por un tiempo, al menos hasta que la obsesión de tu marido se apacigüe un poco.

—No, no y no —repitió, más firme, su rostro tenso de rabia y frustración.

Me acerqué un poco más, mis ojos fijos en los suyos.

—Cariño, piénsalo. ¿Cómo crees que va a reaccionar cuando se entere de lo nuestro?

Pretendí sonar razonable, pero Kate no daba indicios de aceptar una ruptura, por provisional que fuese.

—Tengo una idea mejor —dijo de repente, como si acabara de encontrar la solución ideal—. Huyamos. Marchémonos juntos.

La sorpresa me paralizó un momento. Levanté las cejas, dudando si había oído bien.

—¿Huir? ¿Adónde?

—A cualquier parte. Donde sea, lejos de aquí.

—Kate, eso no tiene pies ni cabeza. No somos fugitivos. ¿Es que quieres pasar el resto de tus días vigilando por encima del hombro, temiendo que los sicarios de tu marido nos encuentren? No. Me niego a darte esa clase de vida. Tú mereces algo mejor.

—Pero así estaríamos juntos. ¿No es eso lo que ambos queremos? Porque tú me amas, ¿verdad, Jack? ¿Me amas?

Dudé. Un segundo, apenas eso. Pero suficiente. En sus ojos, vi apagarse la mecha al final de una vela. Mi respuesta llegó tarde, arrastrada, como un tren que no alcanza el andén. Ella ya sabía la verdad antes de que yo abriera la boca.

—Sí..., claro... —murmuré—. ¿Por qué me lo preguntas si ya lo sabes?

No dijo nada. Mantuvo los labios apretados, y su mirada, antes implorante, comenzó a enfriarse.

—Por eso mismo te digo que debemos tomar medidas hasta que las aguas se calmen —intenté justificar mi posición, aunque sabía que era un esfuerzo en vano.

Ella no me escuchó. En lugar de responder, apoyó un brazo sobre el mostrador, su mirada fija en la nada, como si ya estuviera cavilando algo más.

—No lo sé. Empiezo a pensar que lo único que quieres es desembarazarte de mí. ¿No es eso lo que haces siempre

cuando te aburres de las mujeres? ¿Ya has llegado a ese punto conmigo, Jack?

El tono de su voz había cambiado. Ya no había dulzura, sino desprecio. Sus palabras me golpearon con la precisión de una bala. Me quedé unos segundos sin articular palabra. Sabía que no le podía responder con el mismo cinismo con el que solía afrontar esas acusaciones. Ella tenía razón. De alguna forma, ya había llegado a ese punto. Pero no iba a admitirlo así de claro.

—Pero ¿qué dices, Kate? Estás sacando las cosas de quicio.

Su rostro se encendió; ahora la rabia era lo único que se reflejaba en él. Noté como si sus ojos se hubieran adentrado en mis entresijos. Me sonrojé, no por vergüenza, sino porque me sentí vulnerable ante ella; como si, por un instante, Kate pudiera ver más allá de mi fachada y hurgar en lo más profundo de mis pensamientos.

—Algo me dice que no eres sincero conmigo. No suelo errar en mis juicios, conozco bien a los hombres —dijo, erguida sobre el taburete, y despachó de un sorbo los restos de su Martini. Luego, con los dientes apretados, añadió—: ¿Quieres que dejemos de vernos? Muy bien. Eso es lo que haremos. Si crees que voy a mendigar tu compañía, te equivocas de plano.

—Kate, por favor...

—¡Oh, cállate de una vez! Me estás dando dolor de cabeza.

Hablaban ya con un desdén absoluto. Hizo un ademán airado y se llevó una mano a la frente. Empezó a respirar con fuerza, como si estuviera a punto de desmayarse, pero se repuso enseguida.

—Tal vez mi marido deba saber que hay un tipo..., no sé, alguien cuya descripción tal vez encaje con la tuya, que desde hace semanas intenta llevarme a la cama. Un acosador obsesionado con tirarse a su mujer. Dime, Jack, ¿qué crees que opinará de eso?

—Lo que creo es que hablas como una chalada.
No vi venir el bofetón que me dio de lleno en el rostro.
Bajé la cabeza, sintiendo cómo el bochorno prendía en mi cara. La humillación me recorrió igual que un escalofrío.

Kate se levantó con la misma indiferencia con la que alguien se sacude el polvo de la ropa. Alisó la falda de su vestido en un gesto mecánico, cogió el bolso y me fulminó con una mirada cargada de desprecio. No dijo una palabra, pero su silencio fue más elocuente que cualquier grito. Sin un solo vistazo atrás, se marchó, dejando una estela gélida en el aire. A partir de ese momento, yo había dejado de existir para ella.